

baza, y vertiendo en ella un vaso de cachassa, me lo ofreció con el mayor respeto, pues me había visto limpiarme el sudor con un pañuelo. Acepté gustoso su obsequio, y creo que si me hubiera dado harina de yuca, aunque me repugnaba, la hubiese aceptado del mismo modo. Policarpo llegó al fin, y me sirvió de algo en aquella conversacion bastante penosa, á causa de mi escaso conocimiento de la lengua portuguesa.

Supe que todo aquello pertenecía al coronel B..., comandante de armas de Manaos, que Crisóstomo el negro era soldado, y que de tiempo en tiempo iba á la ciudad.

Apresuréme á regresar, y provisto de una carta de recomendacion que me había dado el coronel de la Guardia nacional, fuí á entregarla directamente al comandante de aquel punto.

La casualidad me fue propicia esta vez: dicho jefe había estado en Francia, hablaba correctamente el francés, y además en su casa se hallaba el joven doctor brasileño en cuya compañía había hecho el viaje desde Para; por todo lo cual se me concedió al instante el permiso de alojarme en la choza, en la que el coronel me instaló personalmente, y entre tanto me convidó á comer.

Antes de sentarnos á la mesa fuí á visitar un establecimiento zoológico en que había monos, pájaros del Pará, hoccoos y gallos de roca. Muchos pecados de envidia cometí al verlos, pero especialmente respecto de los gallos de roca, hermosos pájaros color de naranja, adornados con una cresta del mismo color. Los indios aseguran haber visto á estos pájaros reunirse sobre los picos de los peñascos y bailar en derredor de ellos mucho tiempo. Hubiera querido hallarme ya en caza, no para asistir á semejante baile, harto dudoso para mí, sino para enriquecer mi coleccion.

El buen M. Costa me había acompañado á todas las tiendas de comestibles, en las que hice llenar un tarro de manteca salada y muy rancia, y comprando además galleta, algunas libras de queso, aceite y velas, cuyo peso total ascendía á unas veinte libras; pero esta carga abrumó á Policarpo de tal manera que cuando volví le encontré tendido en el patio. Pasé tambien aquella noche en casa de M. O...

Por la mañana, despues de tomar café partimos en una canoa tripulada por seis indios, provisto cada cual con un remo.

Desembarcamos, y mi nuevo huésped hizo traer el desayuno, que consistió en dos pedazos de tortuga y carne salada de cerdo; mi proyecto era instalarme al dia siguiente.

Me proponia trabajar mucho esta vez en fotografia, pues no temia que el sol destruyese los efectos que necesitaba producir, como me había ocurrido en

mis escursiones anteriores, en las que todos mis modelos se hallaban al descubierto y el sol no me faltaba, y si alguna dificultad me salia al encuentro era únicamente la dificultad de la eleccion.

Fuí, pues, á plantar mi tienda en la gran choza de claraboya, haciendo trasladar á ella todo lo que me era necesario, mis cristales y mis frascos, tapados herméticamente con tapones esmerilados. Una vez arreglado todo, y Policarpo, que había presenciado todos mis preparativos, aleccionado convenientemente acerca de lo que debía hacer, me puse á recorrer mis dominios.

Impresiones en la soledad.—Trabajos fotográficos.—Pintura. Indios mura.

Cuanto mejor iba conociendo aquella localidad, tanto mas hermosa me parecia. La cascada fue uno de los primeros estudios que me propuse hacer. El desmonte, que era muy dilatado, seguia la corriente del agua, y el hacha había respetado los árboles que adornaban las orillas. Al lado opuesto los bosques eran aun vírgenes, estendíanse á larga distancia y se apoyaban en una montaña de escasa elevacion.

Lo que me asombró en aquella primera visita fue el profundo silencio que allí reinaba; la naturaleza parecia muerta, no se oia un grito, ningun pájaro cruzaba el espacio, ningun reptil recorría el suelo, no se descubria un insecto: ¡la nada, siempre la nada! Y no obstante, el sol brillaba en toda su magnificencia, y me hallaba en medio de un inmenso espacio al descubierto, lleno de flores y de todo género de frutos.

Tal decepcion no me hizo abandonar mis proyectos para el dia siguiente; asi, cuando ví todo lo que necesitaba volví á la choza donde estaba mi tienda, y donde Policarpo, tendido boca abajo dormia á pierna suelta, esperándome.

El calor de mi choza, cuya puerta y ventana miraban á Poniente, me obligó á levantarme antes del amanecer; y todo ya preparado en debida forma, di principio á la educacion de Policarpo en lo concerniente á sus deberes como ayudante de fotógrafo. El conducia mi cámara oscura y su pie hasta el lugar señalado, y yo le seguia llevando mi quitasol, mi reloj y mi silla de viaje. Una vez elegido el sitio, debía hacer á mi regreso los oportunos preparativos bajo mi tienda, seguirme paso á paso si el camino era practicable, ó precederme machete en mano, si presentaba obstáculos difíciles de superar. Debía además cuando el sol calentaba mucho, tener abierto sobre mi cabeza el quitasol.

Todo esto se ejecutó perfectamente en cuanto al fondo; pero la forma siempre dejó mucho que desear. Véame precisado muchas veces, como es necesario en los trabajos fotográficos, á ir muy de prisa sobre

todo cuando me hallaba lejos de mi tienda; pero el horroroso Policarpo iba cada vez mas despacio, y ni una sola pude hacerle correr.

Muchos dias pasé haciendo casi esto mismo; habiendo abandonado momentáneamente la pintura y la caza, me dedicaba á la fotografia en unos lugares donde nadie seguramente lo había hecho. Este medio poco artístico tenia la ventaja de que, reproduciendo ciertos detalles que hubiera costado mucho tiempo copiar, economizaba mi tiempo.

El coronel venia algunas veces á visitarme, trayéndome siempre víveres que yo recibia lleno de gratitud. Los que viven en las grandes capitales sin pensar sino en si comerán en ésta ó aquella abundantemente provista fonda, creerán sin duda que me ocupo demasiado de mis comidas; pues bien: aun hube de ocuparme mas de esto algunos meses despues; y entonces el bondadoso coronel B... no estaba allí para surtir mi mesa, ya con un trozo de tocino, ya con huevos de tortuga ó una gallina, y lo que vale mas que todo esto, con pan.

Mi soledad se animó un poco mas algunos dias despues, porque cuatro indios mura fueron enviados para trabajar en la choza grande. Otra vez había trocado la fotografia por la pintura, pues no era de despreciar la buena suerte que me deparaban las personas de aquellos indios.

Traté luego de penetrar en los bosques por el lado en que el río estaba libre, porque casi por todas partes los árboles crecian en el agua y me era forzoso desnudarme, asunto de poca monta para Policarpo. En la orilla opuesta no había otro recurso que abrirse paso por entre los troncos, las ramas y las espinas.

El arroyo no fue un gran obstáculo. Caminamos por espacio de mas de un cuarto de hora al sol, cuyos ardores se hacian sentir con mayor fuerza en medio de aquellos montones secos de tierra; y llegando al término del maldito desmonte, encontramos un sendero y entramos en el bosque.

Policarpo llevaba mi saco de viaje, y yo mis arreos de caza. Al principio me precedió con bastante facilidad, pues el sendero, poco obstruido por las plantas, no hacia muy necesario el empleo del machete. No obstante, mi page se detuvo, alegando diferentes pretextos, y me dejó pasar adelante; mas no tardé mucho tiempo en adivinar que tenia miedo.

Caminaba al azar, asombrado siempre al no oír otro grito que el del sapo, y de que no hubiese allí mas pájaros que en las inmediaciones de mi choza; pero como en resumen mi objeto era pintar, marchaba dibujando siempre los parajes que mas me agradaban.

Largo rato hacia que oía el estruendo de otra cascada, que sin duda era la continuacion de la primera. En efecto, al acercarme hallé el río con su negra cor-

riente; el agua se despeñaba sobre una piedra que tenia la forma de una tumba; la cascada se bifurcaba, pero mas allá volvia á reunirse sobre la misma masa de peñascos, que en esta parte me parecieron un poco menos altos que en la otra, y desde allí se precipitaba estrepitosamente.

Consideré aquel sitio como el límite en que debía detenerme; llamé pues á Policarpo, y planté, no mi tienda sino mi quitasol; y fiel á mi vocacion, comencé mi cuarto panorama á cubierto de los mosquitos al grato murmullo de las cascadas, y bajo una bóveda de frondosidad impenetrable á los rayos del sol.

En aquel momento era completamente feliz, puesto que gozaba de todas las ventajas sin ningun inconveniente, habiendo vuelto á encontrar mis hermosos bosques, tan echados de menos, tan deseados. El horroroso Policarpo se había hecho una cama con ramas de palmera; no dormia pero escuchaba con el fusil al lado, so pretesto de evitar que cayese en el agua. Agradezcle interiormente esta atencion.

Volvimos al fin por el mismo sendero, despues de haber pasado una deliciosa tarde.

Compra de una canoa.—Los buitres.—Matanza de tortugas.—La gruesa Filis.—Provisiones de viaje.

Asi trascurrieron muchos dias, y cuando hube hecho gran número de dibujos al lápiz, pensé en volver: el comandante vino á llevarme en su canoa. Al regresar á la ciudad mi primer cuidado fue procurarme una de aquellas para continuar mi viaje; pero como las aguas habían bajado, todos los habitantes, es decir, las gentes del pueblo, los indios, etc., se disponian para la pesca de la tortuga, y nada querian vender.

M. Costa me cedió su piragua por 60,000 reis (160 francos), y habiendo comprado una vela por mil reis, solo tenia ya que pensar en su arreglo interior. Estos cuidados me invirtieron muchos dias. Todas las noches me acompañaba al volver á mi desvan, un cabo armado con su bayoneta. Subíamos y bajábamos por calles formadas de carriles y guijarros, en los que se tropezaba á cada paso. Casi siempre la puerta de mi desvan estaba cerrada, porque su dueño tenia esclavos á quienes hacia acostar temprano y se llevaba la llave de la calle, que el cabo iba á buscar, y me dirigia á tientas á mi hamaca. De Policarpo no oí hablar en toda la noche, mas no me sucedió lo mismo con los que estaban de servicio, pues cuando daban las horas uno de ellos gritaba: ¡Alerta! el segundo repetia la voz, y asi sucesivamente hasta el mas distante centinela. Habria podido creerme en una plaza de armas atacada, mas no era asi. Siendo Manaos la primera ciudad situada á la

entrada del Amazonas, esta precaucion no era tal vez inútil.

Debía una visita al presidente, y para pagarla hube de vestirme de negro, aunque el termómetro seguía señalando 90 grados del termómetro de Fahrenheit. Mientras esperaba que me avisasen que la persona en cuya compañía debía ir á casa del presidente estaba pronta, fuí á ver mi canoa en el pequeño brazo de rio en que todavía se hallaba. Imagine el lector un caballero elegantemente vestido, con

corbata y guantes, sentado sobre montones de hojas de cocoteros, á pocos pasos de un cerdo hundido en la basura, y rodeado de muchos buitres negros que se disputaban unos despojos de tortuga, haciendo oír un grito á manera de maído de gato. Un árbol que dominaba el conjunto estaba cargado de esas feas aves, las que tenían igualmente invadidos todos los jardines de las cercanías, cercados con empalizadas. No bien les astustaba algo, huían haciendo un ruido parecido al de una máquina de vapor, y lo mismo



Una india en Manaos: la gruesa Filis.

sucedía cuando se les presentaba la ocasion de procurarse algun bocado esquisito. Y nadie piense en matar á ninguno, porque incurriría en la pena de prision y multa, puesto que allí los buitres se destinan á la limpieza de las calles y plazas, en las que he visto arrojar grandes montones de basura y los desperdicios de tortuga que no es posible utilizar.

Nada hay tan atroz como los sufrimientos de estos desdichados animales. Todas las mañanas oía desde mi cuarto carcajadas debajo de mi ventana, y aunque por lo regular me interesaba muy poco en los trabajos de los esclavos de la casa, pues si se sacaba agua del pozo esto era objeto de comentarios, y si una negra llevaba, como de costumbre, un puchero, una cazuela ó un paraguas, menudeaban las habi-llas, hacia mucho tiempo que estaba fastidiado de esto y de otras muchas cosas; pero aquellas carcajadas me lastimaban tanto!.. Había retratado ya muchas mulatas indias, que formaban parte del movi-liario del dueño de mi tugurio; pero miraba con cierta predileccion á una hermosa y rolliza muchacha india, de redondas mejillas y risueña boca, llamada Filis, que parecía la imágen de la bondad;

sin embargo, aquella vez me bastó mirar la calle desde mi ventana para tenerle horror: armada de un hacha y con los brazos arremangados hasta el codo tenía lleno de sangre su vestido color de rosa con volantes, pues acababa de separar á fuerza de hachazos el peto del caparazon de una tortuga. Otro de mis modelos, una niña medio india y medio negra y su madre jugaban á quién sería la primera que cogiese la cabeza de la víctima; y como la fuerza del pobre animal era grande, se les deslizaba entre los dedos, y la risa era general. Solo Policarpo no se reía, sino que dormía como un bendito. Al fin, aquellas mujeres lograron hacer una gran herida en el cuello de la tortuga.

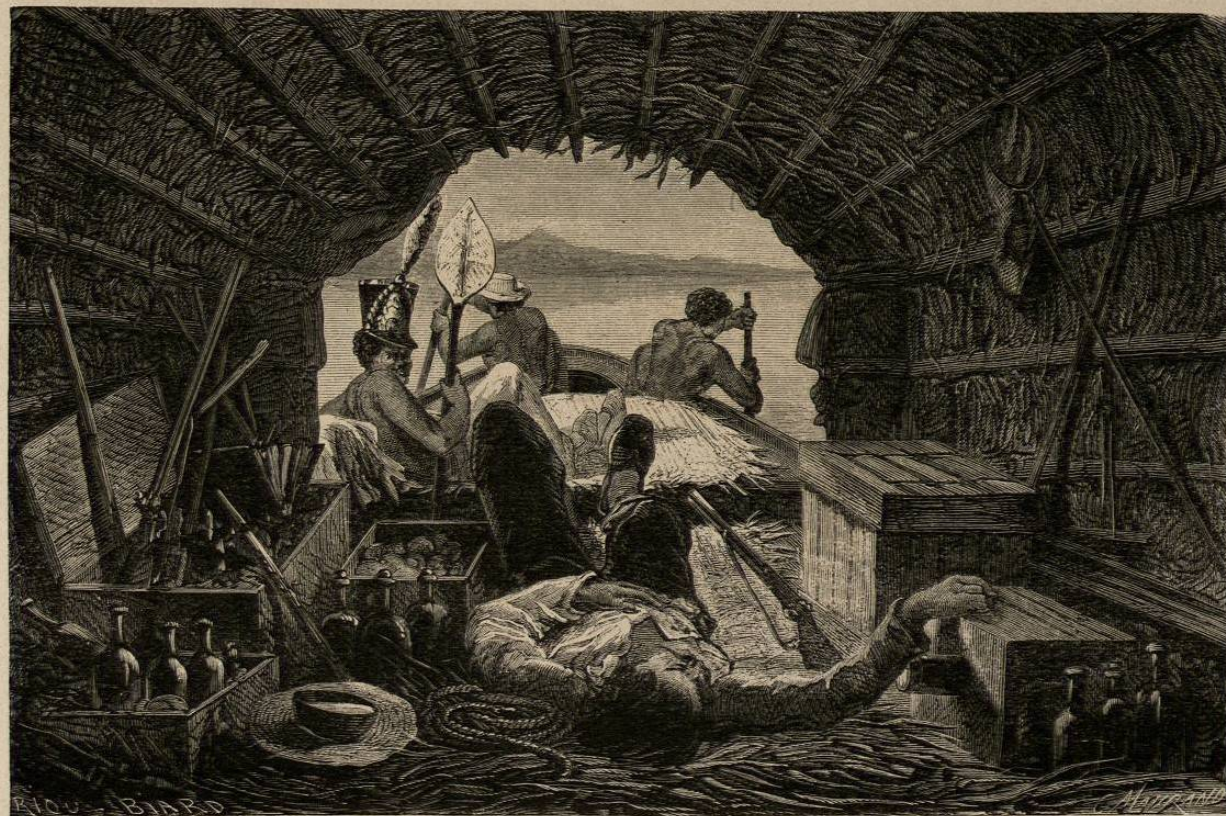
Pronta ya la canoa, me despedí de todos despues de haberme asegurado las necesarias provisiones. Habían llegado de Francia seis quesos de Holanda: el último estaba retenido, pero la proteccion me lo adjudicó. Si mas adelante sufrí algo, esto fue debido sin duda á las maldiciones con que me abrumaría la persona á quien de esta manera despojaba; además hice llenar de manteca rancia dos frascos. Diéronme á elegir dos toneles de vino, uno francés, el otro in-

glés, pero preferí el que, como buen compatriota mio, debía adaptarse mejor á mi estómago; me procuré tambien galleta, y de Pará había traído algunas libras de chocolate. Destiné para mis indios doce botellas de cachassa, unos cestos llenos de harina y pescado seco llamado *piranruú*, que se pesca particularmente en los lagos, y dejé lo demás á los cuidados de Dios y los indios á quienes encontrara en el camino. La cita fue aplazada para las seis del siguiente dia.

Dificultades de la partida.—Trasporte de la canoa.—Dos monos.—La tripulacion.—Un disparo conminatorio de revolver.—¡Vamos!

Copio de mi diario lo que sigue:

Miércoles 28.—Me hallo sentado á la sombra de una empalizada; el calor es terrible y estoy furioso. Me he levantado á las tres de la madrugada, y despues de arreglar todos mis paquetes he llegado á mi canoa. Policarpo, ayudado de un negro, había



Interior de la canoa de M. Biard.

atado á una estaca dos monos destinados á ser mis compañeros de viaje; pero los dos indios que debían acompañarme no se habían dejado ver. Aquellos hombres habían venido algunos meses antes para pedir trabajo, y me fueron confiados, como tambien un guardia nacional, á condicion de que, una vez terminada la gran excursion que iba á hacer en el Madeira, los volviese al Amazonas pagándoles su regreso á Manaos.

A las cinco de la tarde.—Héme aquí otra vez en el mismo sitio, pero un poco mas furioso que por la mañana. El guardia nacional ha sido descubierto en un rincón oscuro de su choza; pero tan ebrio que es imposible arrancarle una sola palabra. De buena gana hubiera prescindido de él á no haberseme dicho

que esto no era prudente, porque necesitaba un hombre que hiciese obedecer á los demás.

Se acercan las seis; de nuevo estoy sentado en el mismo sitio que por la mañana, y me resigno á pasar en él la noche. Policarpo no espresa la menor impaciencia; su horroroso semblante permanece impassible, y ha pasado el dia en la canoa.

En el fondo de un barco se hallan mis dos remeros completamente ebrios y con la cara embadurnada de un cieno verde producido por la humedad del agua. Muy difícil hubiera sido despertarlos, y de todo punto imposible llevarlos. ¿Qué hacer? dejarlos dormir.

Por último, al amanecer me despedí definitivamente de Manaos, pues al fin uno de aquellos beodos

pudo ponerse en pie, y llevamos el otro á bordo. Como no teníamos que hacer sino bajar, se pudo prescindir del segundo, á lo menos por entonces.

....Ya en camino, me ocupé de mis efectos. El guardia nacional tuvo por conveniente tenderse debajo de mi pequeño pabellon, despues de arreglar perfectamente su chacó, su fusil, su bayoneta y su sable. Si mi famosa carabina de los cazadores de Orleans me habia parecido pesada, solo fue antes de pesar aquel fusil de antigua forma. El guardia nacional, previsor como el que mas, temiendo sin duda alguna desgracia, habia puesto á su fusil, en lugar de una piedra de chispa, un pedazo de madera rodeado de algodón, y pareciéndole supérfluo el resto del uniforme, lo habia dejado en su casa.

Pedí á aquel guardia tan campechano que me cediese el puesto, y empecé mi instalacion.

Debajo de mi pabellon coloqué á cada lado mis dos monos, que pertenecian á una especie muy curiosa. Puse por nombre al macho *Rio-Negro*, y á la hembra *Amazonas*. Nunca les ví morder, pues cogian con la cola todo lo que les alargaba. Su pelo era enteramente igual al de los ratones, y la estremidad de la cola estaba desprovista de pelo en la estension de un dedo. Los até á los dos costados de la canoa y cerca del agua, por dos razones: la primera, para que pudiesen beber fácilmente, y la segunda para preservarme de sus diabluras.

Coloqué sobre mi recinto de palmito una estera, y puse á mi derecha á lo largo un cajon que habia contenido fusiles procedentes de Europa, metiendo en él mis frascos para la fotografia, al lado de otros que contenian mis provisiones de manteca y aceite. En un compartimiento á mi derecha coloqué mis albums de papel de embalage, lápices, cortaplumas y anteojos; en otro los instrumentos de disecar y empajar, monedas de cobre, pólvora, municiones y cápsulas; y teniendo tambien un cajon de jabon, en él metí mis provisiones de bœca y la calabaza de sacar agua. En el centro de este cajon, el queso de Holanda representaba el principal papel, no habiendo sido olvidados el chocolate, los limones y la gallina.

Podia sentarme cuando queria, si bien con las piernas casi siempre metidas en agua, porque la canoa necesitaba ser calafateada, si bien esto no es asunto importante en aquellos paises próximos al Ecuador. Mis comodidades no eran envidiables.

Los remeros se habian arreglado un asiento en la delantera de la canoa; el guardia se habia tendido sobre la estera, y Policarpo, en la parte posterior se improvisó una cama con ramas de palmisto.

Así, pues, me veia en el agua á merced de mis guias, quienes podian disponer de mí á su antojo; y si algun mal me ocurría, á nadie sino á mí debia

culpar. En el Pará me aconsejaron este viaje, pero debo decir que nadie en Manaos hizo lo mismo, sino muy al contrario; y si por efecto de mi aficion á la soledad he criticado ligeramente costumbres que no eran las mias, no he olvidado la bondad de que muchas personas me dieron pruebas, casi oponiéndose á mi partida, por parecerles harto dudoso el resultado.

Esas personas me decian que nada era menos seguro que las promesas de los indios, verdad de que yo tenia ya algunas pruebas, y me anunciaban que podria verme abandonado en parajes desde donde me fuese imposible la vuelta: suposición que ví confirmada mas adelante. El jefe de la policia habia tenido la bondad de darme algunas cartas para el caso en que volviese á los lugares habitados, y el buen M. O... me trazó un itinerario hasta ciertos límites, con arreglo al cual debia volver á las aguas del Amazonas, salvar mas allá la desembocadura del rio Madeira y subir hasta un punto llamado Canoma; lo restante del viaje era eventual é incierto. Proponíame ver indios en estado salvaje, y para ello era preciso internarse todo lo posible, arrojando esta vez lo desconocido.

Durante las primeras horas solo trabajó un remero, mientras el otro yacia vencido por la chacassa en el fondo de la canoa. El guardia nacional se habia quitado la camisa para lavarla, y como el sol calentaba mucho, tenia puesto el chacó. Policarpo empuñaba la caña del timon y dormia sin la menor zozobra.

Creí entonces llegado el caso de recurrir á la intimidacion. Despues de limpiar bien cierto instrumento desconocido de los indios, le ajusté cuatro pistones, é hice salir otros tantos tiros casi instantáneamente. Mi gente no pudo ocultar su asombro; los remos dejaron de funcionar, el guardia nacional se caló el chacó, y el indio beodo y Policarpo se despertaron. Volví á empezar la maniobra, pero esta vez destornillé prontamente con uno de los brazos de mi molde de balas los cuatro cañones, y metí en ellos cuatro balas que aparenté sacar del bolsillo de mi pantalon aunque las guardaba en una bolsa, que á ninguno habia enseñado, pues queria hacerles creer que siempre llevaba encima una buena provision.

Durante esta segunda operacion, los indios, tan poco expansivos que nunca se les ve reir ni llorar; los indios, en cuyo semblante no puede descubrirse ninguna espresion, buena ó mala, esceptuaban notablemente en la persona de los que me seguian, la regla general, cesando al punto de remar, lavar y dormir, para enterarse bien de lo que iba á hacer con aquel instrumento que por su pequeñez parecia un juguete. Sin duda Policarpo les habria ya dicho lo que pensaba respecto de mí. Mas adelante referiré

cómo llegaron á mi noticia los servicios que me prestaba, y lo que de ellos podia prometerme con relacion á mi seguridad.

Al colocarme en una situacion peligrosa, necesitaba inspirar, si no cariño (de este son capaces algunas veces los negros, nunca los indios), por lo menos temor. Al efecto, hice sacar de la canoa un tablon de dos pulgadas de grueso, que servia para sostener el mas pesado de mis cajones y preservarlo del agua que ya nos incomodaba; y cuando estuvo fijo á uno de los costados, lo atravesé con mis cuatro balas. Este pasatiempo no agradó á mis compañeros; pero como se trataba de hacerles formar una idea ventajosa de mi destreza, no lo suspendí hasta haber practicado un enorme agujero en el tablon. Me colgué el revolver del cuello con una cadena de acero, como si fuera un reloj, y despues de tomar las oportunas precauciones, dí un vaso de chacassa á mis camaradas, y en seguida les grité resueltamente: ¡*Vamos!* Entonces los remos hendieron las aguas del Amazonas, y salimos del rio Negro.

Tempestad en el Amazonas.—Los huevos de tortuga.—Caza de jaguares.—Comida en una isla.

A las cinco de la tarde.—Hémos aquí en plena tormenta en el Amazonas, y obligados á refugiarnos en un monton de árboles tronchados. El rio produce un ruido extraordinario, efecto quizá de las contrarias corrientes que en su fondo chocan; mi gente se ocupa en arreglar una vela que se rompió despues de haber estado á punto de ser arrastrada. La lluvia nos empapa por completo, los truenos rüen sobre nuestras cabezas, y sentado debajo de mi pabellon me cubro imperfectamente con mi paraguas.

A las seis.—Se acerca la noche y el tiempo mejora: un buitres ha venido á posarse sobre uno de esos troncos tronchados entre los que hemos hallado abrigo. Mi escopeta no pudo hacer fuego á causa de la humedad; y no siendo prudente dejar el sitio que ocupamos, nos disponemos á pasar en él la noche.

Se ha serenado el tiempo y arreglado la vela lo mejor posible; el viento es favorable: ¡*Vamos!*

A medio dia el calor es insoportable, y la tormenta se desata de nuevo; mis dos monos, que durante la última tempestad no cesaron de gritar, vuelven á hacerlo, aunque no tanto. El dia y la noche se pasan bien. Nos internamos, y bajamos dejándonos arrastrar por la corriente.

Intenté dormir tendido sobre mi estera, al abrigo de mi pabellon, pero me lo impidió el calor, siéndome preciso poner los pies en el lugar en que durante el dia reclinaba la cabeza; por este medio disfrutaba de un poco de aire en la cara, si bien tenia la cabeza algo mas baja que los pies; pero por lo menos no me ahogaba.

Muchos dias pasaron sin que ocurriese cosa digna de mencion. Deseábamos llegar á una de esas playas arenosas en que se puede desembarcar, y grande fue nuestra alegría cuando vimos á lo lejos destacarse una línea blanca sobre el fondo oscuro de los bosques vírgenes. Antes de llegar allí nos era imposible desembarcar, pues las orillas descubiertas por la bajada de las aguas formaban inmensos escalones, compuestos de las diferentes capas de detritus que el rio habia depositado al retirarse. Si hubiéramos puesto el pie en aquellos escalones de tierra empapada en agua, nos hubiésemos hundido instantáneamente hasta gran profundidad sin que humano auxilio pudiera salvarnos, porque para esto era necesario un punto de apoyo y no lo habia.

Eficazmente hicieron su oficio los remos, y abrcamos; los indios se apresuraron á sacar á tierra la canoa. Policarpo cogió su fusil, el guardia nacional su chacó, y yo todos mis arreos de caza. Los indios se metieron en el agua, que estaba tibia, y cada cual se fué, segun sus inclinaciones, á buscar fortuna en la estension de terreno que era posible recorrer.

De nadie, pues, tuve que ocuparme, y me fuí á cazar á la ventura, obligado á retroceder á cada paso porque en todas partes hallaba sitios blandos y profundos; y no queriendo ser enterrado vivo, buscaba otro camino. Esta vez mi excursion venatoria fue feliz; pero detenido por bosques impenetrables; volví á mi canoa. Policarpo se habia despabilado, porque la glotonería producía en él mas efecto que mis palabras, y habia encontrado gran número de huevos de una especie de tortuga llamada por los indios *tracajá*, los cuales, al contrario de lo que ocurre respecto de los de las grandes que yo conocia, tienen una cáscara dura, y en vano busqué despues en la arena los montones de ellos que dichas tortugas esconden en esta. Mejor fortuna tuvieron los indios, que los reconocian en ciertas huellas imperceptibles, pues creo recordar que las tortugas borran al retirarse las que han dejado, y los vientos y las lluvias acaban de destruirlas.

A corta distancia veia bandadas de unos pájaros grandes llamados *ciganas*, pero de ellos me separaba una pequeña ensenada. Habiendo sido preciso embarcarnos de nuevo pude matar uno de ellos, pues hacia ya mucho tiempo eran objeto de mis deseos, y lo llevé en triunfo á la canoa.

Ocupado estaba en volver á cargar mi escopeta, cuando ví á un caiman deslizarse por entre las cañas, espectáculo poco tranquilizador, y retrocediendo examiné si tenia algun compañero en tierra. Cuando se hubo alejado á razonable distancia y me disponia á descerrajarle un escopetazo, uno de los indios, ocupado por su parte en cazar tor⁴ gas